

LA FERTILIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.



10 CTS.

DOMINGO 23 DE MAYO DE 1851.

N.º 147.



Allá vá la tercera zurra que en forma de epístola acaba de dar Lupian Zapata al bueno de don Bartolo Gallardo; es tan contundente la tal epístola que aun deja atrás las dos anteriores, conocidas ya de nuestros lectores. Dico así:

Cartas del otro mundo.

III.

Al filólogo Gallardo, Lupian Zapata (la horma de su zapato.)

Amigo y señor don Bartolo:

Estamos de parabienes; pues acaban de llegar á estas tierras infernales varios ejemplares de la *Antología*, periódico en donde vuesa merced dió á luz (porque tambien se suelen dar á luz tinieblas) un cartapacio ó una carta magna

(Babilonia en lo confuso)

enderezado ó enderezada á un su amigo: con el fin de explicar el origen y la naturaleza del asonante. Desde el año de 1848 anda de Ceca en Meca y como golondrina estraviada el tal periódico, sin llegar á mis manos. No bien comencé á leer la última obrecilla que vuesa merced ha entregado á los honores de la estampa (para honra de vuesa merced y recreacion de la gente aficionada á reir) quedé absorto contemplando cómo vuesa merced por su endemoniada ortografía y mas endemoniado lenguaje ha conseguido escribir de tal manera la lengua castellana, que solos los demonios pueden entender (y aun con mil y ciento y una dificultades) los floreos, las gallardías y los primores de la bienaventurada

p luma de vuesa merced.

Por ejemplo, vuesa merced, con propia ortografía y con la autoridad de las razones, que vuesa merced se calla, escribe *qe* en vez de *que*, *esqisito* en vez de *esquisito*, *imprimir-se* en vez de *imprimirse*, *alegorias* en vez de *alegorias*, *Austria*, en vez de *Austria*, *como-qiera* en vez de *como quiera*, y en fin, otras palabras y frases segun le viene en voluntad, y separándose del uso de nuestros abuelos.

Esto de alterar así el habla en la escritura, y de una manera tan endiablada; vive Luz-bell! que me remoja y ha remozado á todos los viejezuelos que componen en el infierno la Real Academia de Pluton y Proserpina.

Todos en sesion de hoy, y en vista de la exótica é irregular ortografía de vuesa merced, han determinado unánimemente que se tenga por legítima en las regiones infernales y que no se use otra, pena de bien escribir, en cuanto abarca la jurisdiccion de aquellos poderosos reyes.

Tal honra no podrá menos de regocijar el ánimo de vuesa merced. Regocijese y mil veces torne á regocijarse, y rabien y perezcan de envidia los que no sean hombres para escribir á gusto de los demonios.

Aquí todos hablan de vuesa merced, todos se deshacen en loores y en requiebros de su ingeniosa ortografía, todos buscan ejemplares de su cartapacio, y se dan de cachetes con los que lo ocultan por amor bibliográfico, y todos en fin desean abrazar á vuesa merced. Todos dije, y repeti; pues dije y repeti mal y muy mal; porque no faltan maldicientes que pregonan bellaquerías contra vuesa merced, y tantos y tales y tan desvergonzadas que me hago cruces de solo imaginarlas.

Tenemos aquí tambien un café semejante

al que hay en Madrid en la calle del Príncipe, donde suelen juntarse los poetas y poetillas, los literatos y literatillos, los autores de libros en folio, y los *folicultrios* como es y siempre ha sido vuesa merced.

Pues bien; la opinión de estos acerca del mérito ó demérito de vuesa merced está dividida en dos bandos á cual mas furiosos en esto del disputar y alterar ó deprimir los cuatro ó cinco papeles que vuesa merced ha publicado.

A todos estos caballeros me presenté con la *Antología*, y les dije resueltamente. «Callen barbas y hablen cartas. Si don Bartolo Gallardo, Gallardito, Gallardete, Gallardazo ó Gallardon, según quieran vuesarcedes llamarle á sabor de sus afectos, es hombre de chapa, en escribir obras de griegos y de romanos, caten vuestas mercedes el largo cuento de sus libros en una nota y muy digna de notar.

—Lea vuesa merced ese *largo* cuento (me dijo uno.)

—Si el tal cuento no es cuento de cuentos, añadió otro.

—Empecemos á contar libros de Gallardo (continuó) y verán vuesarcedes que no es cuento de cuentos, sino un cuento de nunca acabar en pérdidas y malas aventuras. Vean los bibliófilos el tesoro de curiosidades que ha escrito mi amigo. Gallardo habla:

«En Sevilla el día aciago para mí de San Antonio, abogado de las cosas perdidas, perdí yo (es decir, me robaron en el saqueo general de aquel día 15 de junio de 1823 al trasladarse á Cádiz el desgobernado gobierno de aquellas calendas) entre otras obras mías, preparadas ó preparándose para la preusa las siguientes.»

Historia crítica del ingenio español (material como para 6 buenos tomos).

Un romancero y un cancionero con sendas disertaciones sobre este género de composición en España.

El Pindo español..... Material para unos diez ó doce tomos.

Un teatro antiguo español y su historia crítica.

La Costanza (farsa de Castillejo)

La Peña de los enamorados, comedia de Tirso con la vida de este autor.

El Quijote con notas y una vida de Cer-

vantes.

Diccionario autorizado de la lengua castellana.

Vocabulario provincial americano.

Diccionario ideopático español.

Filosofía de la lengua castellana.

Prosodia y arte rítmica española.

El triunfo del Rosario.

El coloquio de las camisas.

El verde gaban.

Y muchas obras mas; pues Gallardo dice que perdió estas entre otras.

Todos los oyentes de esta relacion de un ciego, (que quiere hacernos cegar) fruncian las cejas, torcian los hocicos y hacian mil aspavientos de admiracion y de lástima.

—Cuántas cosas buenas perdidas, decia uno.

—Cuanto trabajo echado á perder, proseguia otro.

En esto andábamos, cuando cate vuesa merced que asoma por la puerta del café un viejuelo maldiciente, igual en todo á otro que vuesa merced conoce muy mucho, y que yo conozco y doy á conocer mas de lo que él quisiera. Este tal tiene aspecto de ave de rapiña, sus ojos se asemejan á los del gavilán, su cabello es blanco, espeso y erizado, y nunca sujeto á la jurisdiccion del peine, carece de dientes como la envidia que está desdentada á fuerza de tanto morder y remorder, sin que la conciencia le remuerda, y en sus labios presenta siempre la risa de la malignidad y de la ira mal refrenada. Es sabio sobre su palabra, por tal confirmado en la opinion de los que se dejan engañar de las falsas esterioridades sin juzgar á los escritores por sus obras y no por sus propias alabanzas; incapaz de honrar literariamente á vivos y á muertos, por aquello de que ninguno puede dar lo que no tiene, y hombre, en fin, tan para poco, que solo ha podido componer en el largo curso de su vida seis ó siete papelillos volanderos, engendrados en la envidia y malignidad, y dignos hijos de semejantes padres.

Pues bien, señor don Bartolo, este vejete, al punto que oyó el cuento de las obras que vuesa merced perdió el aciago, y malaventurado para vuesa merced día de San Antonio, en la ciudad de Sevilla y el año de 1823, dijo con gentil desenfado.

—Aun anda, Gallardo, galleando con libros,

que así escribió él como el gran turco. Si tantos y tales compuso, ¿cómo es que há mas de 28 años no ha restaurado algo de sus pérdidas? ¿Porqué despues de unos trabajos tan curiosos, nos sigue negando los frutos de su ingenio y erudicion, y se contenta con recordarnos sus glorias imaginadas, en lugar de hacernos el presente de una de ellas tan solo?

Crean vuestras mercedes, que no hay tales buitres literarios que se alimenten de la volateria de Gallardo: el cual como vé que pasan los años, y que otros árboles dán sazonados frutos, y otras abejas panales sabrosos, en tanto que él se está mano sobre mano, conoce su impotencia y llora, encubriendo el llanto de la envidia en el llanto del dolor de ver la lozanía ajena y la aridez propia. Por eso tira piedras á los árboles del vecino para malegrarlo los frutos que él no puede conseguir, y por eso tambien trata de despedazar las colmenas con el fin de destruir los panales. Absorto quedó el auditorio al escuchar tan iracunda filípica. Yo desde luego negué, niego y seguiré negando, lo que ese viejezuelo mordaz cuenta de vuesa merced; pero tengo la desdicha de que todos no siguen mi parecer sino el de ese mal hombre desvergonzado, el cual aun no satisfecho de lo referido en vituperio de vuesa merced, continuó con grandes voces su discurso dicién lo.

—¿Qué debo la historia literaria de mi patria á don Bartolo Gallardo para que tanto se gallardee este señor y tanto cacaré sus merecimientos? Cien millones de veces, mas que lo que él ha hecho, hace hoy dia cualquier jovencillo. Ahí, sin ir mas lejos tienen vuesarcedes á un don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe que está formando una edicion admirable de los escritos de don Francisco de Quevedo, con sobrada diligencia, criterio y noticias. Mientras que Gallardo desde el año 23, se querella de las pérdidas de sus libros, Fernandez Guerra y Orbe ha tenido tiempo para mamar, andar á gatas, hacerse chichones, crecer, ir á la escuela, aprender palotes y el ban, ben, bin, bon, bun, llegar á la juventud, leer á los buenos autores españoles, y presentar al mundo una correcta edicion de los libros de uno de ellos.

Papeles son papeles:
cartas son cartas.

Al oír tantos insultos, tentado estuve de

agarrarme de los cabellos con el viejecillo mordaz, pero escondí mi ira en las cárceles del silencio por no escandalizar así á los pequeños, chicos y chichelos, como á los medianos, grandes y mayores. Y no callé solo por este respeto, que otro tuve mas poderoso. Y fué que como casi todos llamaban á aquel maldiciente boca de verdades en este caso, si bien en lo demás era un deslenguado y lenguaraz calumniador de vidas ajenas y aun propia; (pues ni aun á sí mismos se suelen respetar estos hombres) ví que el oponerme al dictámen de gente tan alborotada vendria al cabo en mas ultrage de la persona de vuesa merced.

Esto pasa por estas tierras. Así hablan los bellacos y envidiosos de los libros y del mérito de vuesa merced. Vuesa merced como cuerdo, búrlese de tales locos, y déjelos para quienes son. Y pues sus malicias paran primero en un decir que vuesa merced, no escribe obras grandes porque el olmo no dá peras, ni las ortigas uvas, ni las zarzas azucenas y claveles, luego en un pregonar que vuesa merced como no logra sazonados frutos de su ingenio, maltrata con enojo y envidia los ajenos; y finalmente en un reir de todas las pérdidas de libros compuestos por vuesa merced y que aun están inéditos, imponga vuesa merced á todos estos maldicientes y malhechores el mas duro castigo que han visto los nacidos y que podrán ver los venideros.

Escriba vuesa merced un librito burlándose de la incredulidad de estos tales, y probándoles con razones sacadas de libros viejos que vuesa merced ha compuesto todas las obras citadas en aquel largo cuento.

Y que esto sea muy necesario para la buena fama de vuesa merced, se puede fácilmente inferir de mis razones; y ahora mas que nunca; pues un cierto don Antonio Puigblanch, autor de un libro intitulado *la Inquisición sin máscara*, afirma que vuesa merced aun en sus pequeñas obras ha garfiñado á muertos y á vivos palabras y pensamientos. Entre otros cita el hecho de que él en Londres publicó unos opúsculos contra don Joaquín Lorenzo Villanueva el año de 1829, y que en uno de ellos descubrió que el arte de enseñar á los ciegos la lectura fué invencion del maestro Alejo de Venegas, dada á cono-

cer en un tratado de *ortografía y acentos en las tres lenguas principales* (Toledo 1531).

Y añade que vuesa merced en su *críticon* el año de 1836 se manifestó descubridor del servicio que á la humanidad hizo el tal Venegas, encubriendo sagazmente que Puigblanch, precedió á vuesa merced en la noticia.

Sobre esto han levantado los maldicientes montes de habillitas contra vuesa merced. Y ya no falta quien aplique á vuesa merced aquel decir de Lope de Vega:

No entendí que consintiera
ancas el señor Pegazo;
pero de aquesta manera
suben muchos al Parnaso
aunque es difícil carrera.
No porque somos nosotros
poetas; mas porque dan
en hurtar unos á otros,
presumo que algunos van
á las ancas de los otros.

De aquí se alargan los envidiosos á contar que los libricos de vuesa merced son pocos y bien plagiados.

Esto me causa tal indignacion, que doy al diablo estas gentes, y aun diera á mi mismo, si vuesa merced no hubiese menester de mí para su justa defensa.

De la laguna Estigia á tanto del mes de mayo del año de gracia de 1851.

LUPIANEJO ZAPATILLA.

El cazador de tórtolas.

«Mas precio entre aquellos cerros

«Salir á la primer luz

«Prevenido el arcabuz,

«Y que levanten mis perros

«Una banda de perdices... &c. &c.»

Todo el mundo sabe de donde son estos versos, y su continuacion.

No hay duda que la caza es uno de los ejercicios mas saludables, y el que nos proporciona al mismo tiempo los goces mas inocentes: hombres entendidos, y cuya opinion es algo mas respetable que la mia, así lo han creído: le han llamado *noble ejercicio*: á él se han dedicado en tiempos muy remotos, y aun en nuestros días, así el noble como el plebe-

yo; y monarca ha habido en España que abandonaba gustoso el mullido lecho y las comodidades todas de su real cámara, para sustituir las por breñas y jarales, entre los que se encontraba satisfecho si lograba con una onza de plomo destituir de lijereza y vida al corzo ó al paleta, y aun acaso tan solo con quitar algunas plumas ó quebrar un ala, en mitad de su rápido vuelo, á la esquivia perdiz.... ¡Vaya un gusto y una predileccion extravagante! esclamará sin duda uno de los muchos lectores que no sean ni hayan sido en su vida alicionados á la caza, mas yo le contestaré que es necesario tolerar los gustos y opiniones de los demas, y que el de que tratamos, aunque á primera vista le parezca tan mal, no lo es tanto cuando efectivamente es lo que debe ser; quiero decir, cuando se caza con las debidas reglas, cuando se conoce el arma que se maneja, se sabe por práctica el apunte ó tanteo, pues sin uno de estos dos requisitos no se puede matar *vicho* alguno, y en fin, se va á terreno donde hay caza.

En lo que si hemos de estar muy conformes, los lectores á que aludo y yo, es admirándonos y llamando verdaderamente extravagante el gusto que saquen del ejercicio de la caza, los cazadores que no tienen ninguna de las condiciones que hemos espuesto: al observar la alicion de estos y su mal éxito, decimos *hay gustos que merecen palos*: pero no hemos de ser nosotros quienes demos los tales palos; mas si se nos ocurre decir tambien con el vulgo *sobre gustos nada hay escrito*, entonces cogemos la pluma, y queriendo desmentir al vulgo encabezamos un artículo con el epígrafe *El cazador de tórtolas*, sirve al tal artículo de prohemio, exordio ó como quiera llamarse lo dicho hasta aquí, y vamos á describir á este cazador, propio y especial en nuestra ciudad, que tiene el gusto de los gustos, y la alicion de las aliciones y..... ahora verán ustedes.

Sea cualquiera la clase y estado del cazador de tórtolas, es indispensable que lleve sombrero calañés, ó por lo menos uno de esos sombreroes blancos que se asemejan á los de los payasos, un capotillo con muchas faltriqueras, en las que van todos los avios necesarios para una larga y gran cacería, algun pisco-lavi, resto de la cena anterior, y que en todo caso pueda sustituir al almuerzo, y

una gran bolsa llena de perdigones, lo que hace que el peso del tal capotillo sea enorme; cruza el pecho y la espalda una correa, de la que cuelga curvo sobre la cadera izquierda el cuerno-polvorin, con pólvora para cuarenta ó cincuenta tiros, por si necesario fuere; chaleco y pantalones que por su estado, ya solo se destinan á esta clase de servicio, algunos cuartos en la faltriquera mezclados con pistones á granel, estos para la escopeta que generalmente es á mayor abundamiento de dos cañones, y aquellos para tomar la mañana en el primer ventorrillo, ó la leche mas adelante: zapato blanco y guante negro con los dedos cortados por la mitad: este es, pues, todo el atavío del cazador de tórtolas: arregla convenientemente sus pertrechos de guerra la noche antes del día de su salida, y todo lo coloca á la inmediacion de su cama hasta la hora en que empiezan los albores del nuevo día, y oyendo acaso al sereno que se despide, despídese él de las caricias de Morfeo, huyendo de sus seducciones, y plántase en la calle con el cigarro en la boca y la escopeta al hombro; camina hacia Puerta de Tierra, y solo piensa en el buen resultado que ha de tener la caza de aquel día. No pasaremos mas adelante, sin hacer ver que no siempre aun lo dicho hasta aquí, pasa de la manera que se refiere; sucede así, sin duda, si el cazador es soltero, pero si es casado... Oh! si el pobre cazador es casado, entonces pasa la pena negra, y tiene mucho que sacrificar á su afición... á su cara mitad lo asusta hasta el nombre de escopeta, y prorrumpo en chillidos cuando ve el arma en manos del esposo.... *mujer, si está vacía*, suele decir el pobre con paciente calma.... *No importa; no me mortifiques..... yo sé de algunas que aun estando así, se han disparado y han causado mil muertes; maldita sea tu afición, que de nada sirve mas que para condenarme, y aun así si algo trageras..... pero en dos años, solo un día tragiste dos tórtolas, y luego supimos todos que las habías comprado....* En vano se esfuerza el pobre en hacer reflexiones.... nada se escucha; aquella noche todo lo deja de cualquier modo en un rincón, y solo se atreve á rogar á su consorte que le despierte á las cuatro.... pero qué cuatro ni qué demonio, si antes de las doce rompió en un cólico el primogénito

de cinco años, y ambos esposos tuvieron que estar levantados y en paños menores hasta las dos y media, en que ya hicieron su efecto el aceite de almendras y el ungüento de altanita, y el ángel de Dios cesó de rabiarse despues de haber alborotado la vecindad: el marido quiso tirar, por su mala suerte de una zalea que hacia falta al niño, la zalea tiró á su vez de la escopeta que estaba arrimada al rincón, y cayó con estrépito; reprodujéronse los gritos y los clamores, despertóse el niño nuevamente, y se prolongó la escena hasta las cuatro, en que repentinamente nuestro hombre ajeno á todo, menos á su afición, coje su petate, y despues del descanso que le habia proporcionado la noche, la paz y la quietud del hogar doméstico, marcha tranquilo á Puerta de Tierra, adonde entre otros innumerables compañeros se coloca en su puesto.—Trata de cargar, mas al buscar las municiones, se encuentra en uno de los huecos del capotillo con una muñeca de saya y mantilla y una rueda mordida de pan y manteca.... reconoce en esto los efectos del inocente juego de alguno de sus pequeñuelos, límpiase de la manteca con santa paciencia, y espera el paso de las apetecidas aves, mirando en torno constantemente todo el horizonte, pero en vano.... solo alguna que otra atraviesa el espacio á una desmesurada altura, y sin embargo todos los cazadores la saludan, creyendo que el ardiente plomo llegue hasta allá, pero entre tiro y tiro ella sigue su vuelo, burlando el general deseo... alguna que se atreve á bajar mas, suele encontrarse con uno de los muchos granos mortíferos que la dirigen, y cae herida ó muerta... Nuestro cazador cree que ha sido suya la víctima, pero con él lo creen seis mas, y coinciden siete hombres armados á recoger en prenda, sobre la cual cada uno cree tener mas derechos que todos los demas... hay gran disputa.... aléganse pruebas.... voces técnicas... presumo cada uno de su inteligencia.... y el mas osado llévase el pájaro y los demas vuelven á sus puestos. Cada cual, segun la hora de entrar en la oficina ó en el escritorio, segun, en fin, las exigencias de sus ocupaciones, vá retirándose hacia la ciudad, y aunque mohino, piensa tener mas suerte al día siguiente. Nuestro cazador callado, músico, soñoliento, se dirige á la recoba despues

de haberse aislado de sus compañeros de infortunio: éntrase repentinamente en un puesto y pide *dos pares de tórtolas, no por otra cosa, dico al recobero, sino porque hoy casualmente no he matado y quiero comerlas...* paga y se marcha para casa dejándolas ver por las faltriqueras del capotillo: entra en casa, pero ¿cómo entra? ufano, lleno de orgullo.... y antes de preguntar por el acolicado infante, mira.... mira, le dice á la costilla, di luego que yo compro las tórtolas, y arrójale en las faldas los supuestos trofeos de su predilecta afición.... la maliciosa compañera reconoció con burlesca sonrisa las aves, y al oler una de ellas le dijo: ¡válgame Dios y que pronto se ha podrido este animalito! á lo que acompañó despues la mas estrepitosa carcajada.... él todo lo quiso hacer á broma y le dijo: *todo lo cambio yo por tu buen humor*, con lo que concluyó la escena por aquel dia, y con su farsa encuentra disculpa para los que le dicen que hace mal en estropearse tanto, porque él supone que ha gozado mucho, y apesar del madrugon....

.....pero qué
si mejor cazaría
no la he logrado ni la lograré

les dice acordándose de Iriarte.

Tal es, pues, el tipo mas general de los cazadores de tórtolas: sin embargo, no hay regla sin escepcion, y no seré yo quien quiera medir á todos por un rasero, pero aun los pocos que matan y no mienten, y para quienes puedan compensar los gozes que les proporcione la cacería á que aludo, á las incomodidades que le son inherentes, conocen que hay muchos cazadores de los que yo he querido dar una idea.

Un aficionado á las tórtolas.

Fragmentos de una leyenda inédita.

.....
En una estancia adornada
Con un gusto sin igual,

Una muger, contristada,
De belleza algo especial,
Con amargura fatal
Entre sollezos y llanto
Demostraba su quebranto,
Y sin cesar repetia;
«Se estinguió ya mi alegría,
Del dolor me cubre el manto.»

«Vargas, estás en el cielo,
Pero nunca haré traicion
A nuestra mútua pasion,
Mientras viva en este suelo
No hallarán jamás consuelo
Estos profundos dolores,
Martirios, penas, horrores,
Que haciéndome estremecer,
Al fin reducen mi ser
A llorar nuestros amores.»

Esto Amalia murmuraba
Con una voz dolorosa,
Pareciéndome una rosa
Que el Aquilon deshojaba;
¡Oh! gran dolor angustiaba
Su sensible corazon,
Al ver muerta la ilusion
Que concibiera su mente,
Al ver de un amor vehemente,
La mísera destruccion.

Y tal era su agonía,
Su quebranto tan agudo,
Que dejó su lábio mudo
Mientras el llanto corria,
Y aunque mucho comprimía
Sus lágrimas y sollozos,
Eran estos horrorosos
Para poderlos oir,
Y no llegar á sentir
Accesos muy dolorosos.

En letargo soñoliento
Postrada por su dolor,
Daba el nombre de su amor
Sin recato al blando viento,
Y era tan fiero su acento,
Que á juzgar por la apariencia,
La embargaba una demencia
Bien fácil de comprender,
Porque al sentir, la muger,
Es enorme su vehemencia.

Hasta que al fin, ya rendida,
Por su pena traspasada,
Le dió tan constante amada
Un descanso á su cruel vida;
Pues quedándose dormida,
Descansaba el sentimiento
Que su existir hizo cruento,
Desterrando su alegría,
Y también la lozanía
De su rostro, en un momento.

—o—

En su carroza dorada
Febo aparece luciente,
Y luz pura y resplandeciente
Va esparciendo sin temor,

Las aves cantan al alba,
Y las fuentes cristalinas
Aparecen mas divinas
Por el reflejo del sol.

Acacias, rosas, jazmines,
Adornan muchos vergeles,
Que copiar con los pinceles
Nadie en la vida podrá,

Y pintadas mariposas
Iban las flores libando,
Su dulce licor gustando
Con un estremado afán.

Las auras siempre livianas
Recorriendo los pensiles,
Acariciaban sutiles
El tallo de toda flor,
Y las ramas se mecían
Con airosa gentileza,
Mostrando ya su belleza
Al matutino arrebol.

Una nube blanquecina
Vagaba en el firmamento,
Y mecida por el viento
Se rasgaba cual el tul,
Y dividida en partículas
Presto apiñada se vía,
Hasta que al fin se estinguía,
El cielo quedando azul.

De la noche el denso manto
En muchos pliegues cogido,
Parece echar al olvido
La tétrica lobreguez,
Y del sol la roja hoguera
Hacia el cénit vá trepando,
Mil torrentes derramando
De admirable esplendidez.

Al pié de cualquiera roca
En el campo abandonada,
O de simple balaustrada
Se contempla un saltador,
A varios hilos de plata
Se asemeja su corriente,
Y por bella y trasparente
Causanos admiracion.

Ya crugen de la arboleda
Aquellas ramas frondosas,
Ya se tronchan muchas rosas
Con la brisa del abril,
Y quedan místicas, marchitas,
Sin olor, sin hermosura,

Encontrando sepultura
Cuando empiezan á vivir.

El susurrar de los vientos,
El crujido de los pinos,
De ruiseñores los trinos,
El fulgor del luminar

Y el ambiente de los prados,
Daba al campo una poesia,
Que engendrando la alegría
Nos alejaba el pesar.

Todo en redor de Sevilla
Era mágico, agradable,
Y con una risa afable
Que el alba ufana lanzó,

Algunos tal vez creyeran
Que del dolor el tormento,
No se anidara un momento
En la ciudad del valor.

No obstante, la bella Amalia,
Llorando su desventura,
De su dicha en la tortura
Pensaba sin vacilar,

Hasta que esas reflexiones
Pronto fueron sorprendidas,
A la par que interrumpidas
Por una casualidad.

.....
.....
EDUARDO DE MIRANDA Y RAMIREZ.
San-Fernando 15 de mayo de 1851.

Descripcion de la naturaleza del hombre.

Es el hombre el mas inconstante de los animales, á sí y á ellos dañoso. Con la edad, la fortuna, el interés y la pasion se va mu-

dando. No cambia mas semblantes el mar que su condicion. Con especie de bien yer- ra, y con amor propio persevera. Hace repu- tacion la venganza y la crueldad. Saba disimular y tener ocultos largo tiempo sus afectos. Con las palabras, la risa y las lá- grimas encubre lo que tiene en el corazon. Con la religion disfraza sus designios, con el juramento los acredita y con la mentira los oculta. Obedece al temor y á la espe- ranza. Los favores le hacen ingrato, el man- do sobervio, la fuerza vil y la ley rendido. Escribe en cera los beneficios, las injurias re- cibidas en mármol, y las que hace en bronce. El amor le gobierna no por caridad, sino por alguna especie de bien, la ira le manda. En la necesidad es humilde y obediente, y fuera de ella arrogante y despreciador. Lo que en sí alaba ó afecta, le falta. Se juzga fino en la amistad y no la sabe guardar. Desprecia lo propio y ambiciona lo ageno. Cuanto mas alcanza, mas desea. Con las gra- cias ó acrecentamientos agenos le consume la envidia: mas ofeude con especie de ami- go que de enemigo. Ama en los demas el rigor de la justicia y en sí la aborrece.



CADIZ: 1851.

IMPRENTA DE D. FRANCISCO PANTOJA,
calle del Laurel, n.º 129.